

XILOCA 25
págs. 17-40
2000
ISSN: 0214-1175

SOBRE LOS ORÍGENES ARAGONESES DE LA CONSPIRACIÓN AGERMANADA VALENCIANA DE 1541

Pablo Pérez García*

Resumen.– Se da a conocer una serie de hallazgos sobre los orígenes del “agermanamiento” valenciano de 1541: La influencia aragonesa en la conspiración, las biografías de diferentes participantes aragoneses en ella, impacto del movimiento, acontecimientos desde 1528, claves de la conspiración, importancia comercial de la época con Teruel, etc.

Abstract.– It comes to light several discoveries about the origins of the Valencian “Agermanamiento” of 1541: the Aragonese influence in the conspiracy, the biographies of different Aragonese participants in it, the impact of the movement, the events, the conspiracy keys since 1528 and the commercial importance of that time with Teruel, etc.

NUEVOS DATOS SOBRE LA PERVIVENCIA DEL MESIANISMO AGERMANADO DURANTE EL REINADO DEL EMPERADOR CARLOS V

La gravedad y la trascendencia de los acontecimientos que tuvieron lugar en Valencia durante los años 1519 a 1522 han hecho de la Germanía uno de los fenómenos históricos mejor conocidos y más estudiados del pasado valenciano. A nuestras viejas crónicas (Viciana, Catalá, García, Escolano, Diago), a la historiografía decimonónica (Danvila) y a los estudios ya clásicos de García Cárcel y Eulàlia Durán¹, han venido a unirse recientemente monografías de un valor excepcional.

* Universidad de Valencia.

1. Ricardo GARCÍA CÁRCEL (1982): *Las Germanías de Valencia*. Barcelona, 1981 y Eulàlia DURÁN: *Les Germanies als països catalans*. Barcelona.

Destacan, entre ellas, la tesis doctoral de Regina Pinilla sobre el virreinato conjunto de D^a Germana de Foix y D. Fernando de Aragón², la tesis de licenciatura de M^a Dolores Agustí Soler sobre la Germanía en la Gobernación de la Plana³, la tesis doctoral de Martí Ferrando sobre el virreinato del duque de Calabria⁴, la tesis de licenciatura de Vicent Terol Reig sobre la Germanía en el condado de Albaida⁵, y, por último, la tesis doctoral de Vicent Vallés Borrás, revisión profunda del movimiento agermanado, de su ideario social y político, y reivindicación -asimismo- de algunos de sus protagonistas menos conocidos, como el jurista valenciano Bartolomé Monfort y el aragonés Jerónimo Soriano⁶. Aun así, la Germanía dista mucho de haber sido agotada como objeto historiográfico. No sólo faltan prospecciones de alcance local sobre el impacto de las distintas fases del movimiento, sino también estudios sobre la pervivencia del fenómeno agermanado más allá de la oleada represiva de 1523-24 o de su último episodio conocido hasta hoy: la aventura, a caballo de la herejía y la revolución, del oriolano Pedro Martí en 1525⁷.

Nuestro propósito es, precisamente, dar a conocer una serie de hallazgos sobre este último aspecto realizados por el profesor Jorge Catalá y por mí mismo en el curso de un proyecto de investigación sobre la conflictividad y la represión penal en la Valencia moderna⁸. Gracias al estudio que, durante el pasado año 1999, concluimos sobre la pena de muerte en la Valencia del siglo XVI⁹, conseguimos reunir una serie de valiosos datos sobre las “conmociones agermanadas” descubiertas por Martí Ferrando en su pormenorizado análisis del virreinato de D. Fernando de Aragón. Comprobamos que, hacia finales de 1528 y a comienzos de 1541, las autoridades valencianas se vieron sorprendidas por la aparición de síntomas palmarios de sedición política directamente relacionados con el caudillismo mesiánico de la etapa final de la Germanía. Nuevos *encubiertos*, supuestos hijos legítimos del príncipe D. Juan, heredero de las coronas de Aragón y Castilla hasta su fallecimiento en 1497, hicieron entonces su aparición en Valencia y, al parecer, alcanzaron a obtener apoyos y adeptos. No resulta difícil suponer la inquietud que debió apoderarse de los flamantes virreyes del emperador, D^a Germana de Foix y de su esposo –más tarde, viudo– D. Fernando de Aragón. Ambos lugartenientes generales debieron actuar con extrema diligencia, cortando de raíz aquellas dos supuestas conspiraciones, pues, de hecho, ninguna de ellas ha dejado huella alguna en nuestros anales y crónicas. Sin embar-

2. Regina PINILLA PÉREZ DE TUDELA (1982): *El virreinato conjunto de D^a. Germana de Foix y D. Fernando de Aragón (1526-1536). Fin de una revuelta y principio de un conflicto*. Valencia.

3. M^a. Dolores AGUSTÍ SOLER (1984): *Las Germanías en la Gobernación de la Plana*. Valencia.

4. José MARTÍ FERRANDO (1993): *Poder central y poder territorial durante el virreinato del duque de Calabria*. Valencia.

5. Vicent TEROL I REIG (1997): *El comte, la vila i el rei. La Germania al Comtat d'Albaida (1445-1534)*. Valencia.

6. Vicent VALLÉS BORRÁS (1998): *La Germanía (1519-1522). Un movimiento social en la Valencia del Renacimiento*. Valencia.

7. R. GARCÍA CÁRCEL, *op. cit.*, p. 139.

8. Proyecto titulado “La dimensión conflictiva de la sociedad valenciana moderna”, subvencionado por el Ministerio de Educación y Ciencia (código PB95-1113) y dirigido por la Dra. Emilia Salvador Esteban.

9. Jorge A. CATALÁ SANZ, P. PÉREZ GARCÍA, “La pena de muerte en la Valencia del siglo XVI” (en prensa).

go, la documentación cancilleresca y la contabilidad general del real patrimonio nos ha permitido averiguar que los sucesos de 1528 se saldaron con un total de seis ejecuciones y los de 1541 con otras tres.

El número de sentencias capitales dictadas parece indicar que los acontecimientos de 1528 revistieron mayor gravedad que los de 1541. De hecho, la alarma de las autoridades ante la primera reviviscencia de la Germanía, a diferencia de cuanto sucediera en la segunda ocasión, llegó a prolongarse en el tiempo durante más de tres años, dado que los cómplices de aquella primera intentona no cayeron en manos de la justicia de manera simultánea, sino paulatina. El día 31 de octubre de 1528 fue ejecutado el primer reo condenado: Jerónimo del Portal¹⁰. Cuatro meses y medio más tarde recibieron suplicio otros cuatro cómplices: Alonso de Vitoria, un personaje de origen probablemente alavés que había adoptado la identidad de *rey encubierto*, el carpintero Pedro de Alna, el sastre Juan Ferrandis y el labrador Jaime Monroig¹¹. Finalmente, el 23 de noviembre de 1531, tras haber sido capturado por la Real Audiencia, fue ajusticiado el último protagonista de aquella sedición: Juan Pascual, a quien se acusó de haber conspirado contra la corona y haber instigado a Alonso de Vitoria para hacerse pasar por *el encubierto*¹². La contundencia de los virreyes mantuvo aparentemente tranquila Valencia durante casi una década. Sin embargo, el 15 de mayo de 1541, los tribunales de la Inquisición y de la Gobernación pusieron en conocimiento del duque de Calabria la existencia de una nueva conspiración. La detención de los dos principales acusados, el panadero Jerónimo Cerdá y el carpintero Antonio Soldevilla, fue inmediata. Seis días más tarde, el sábado 21 de mayo de 1541, se dictaba y se aplicaba contra ellos pena capital¹³. Un tercer cómplice, el pelaire de origen zaragozano, aunque afincado en Teruel, Bernardino Acero, fue capturado un tiempo después. Su ejecución tuvo lugar en Valencia el día 30 de junio de 1541¹⁴.

Uno de nuestros primeros pasos, una vez averiguada la identidad de los presuntos conspiradores de 1528 y 1541, consistió en contrastar sus nombres con las listas de exceptuados en los salvoconductos y perdones generales y particulares dictados tras la victoria sobre la Germanía. La comparación nos permitió comprobar que ninguno de los reos ejecutados en 1528, 1529, 1531 y 1541 constaba en aquellos registros, circunstancia de la que cabía inferir que ninguno de ellos debió alcanzar en la revuelta agermanada de 1521-22. Punto seguido, intentamos localizar en el Archivo del Reino de Valencia los procesos incoados contra los nuevos acusados de los que teníamos noticia. La búsqueda de los procesos de 1528, 1529 y 1531 resultó completamente infructuosa. Sin embargo y para nuestra sorpresa, el procedimiento penal

10. Archivo del Reino de Valencia (ARV). Real Cancillería, reg. 738, f. 194 v y reg. 739, f. 25 v.

11. ARV. Real Cancillería, reg. 739, ff. 84 r y 85 r.

12. ARV. Real Cancillería, reg. 741, f. 13 r.

13. Aunque no podemos afirmarlo con absoluta certeza, es muy probable que la ejecución de Cerdá y Soldevilla no fuese pública. Es razonable pensar que las autoridades no desearan alertar a los implicados o entorpecer las investigaciones en curso con un ajusticiamiento público. De hecho, muchos de los testigos interrogados en los días posteriores al ajusticiamiento de Cerdá y Soldevilla ignoraban el destino que habían corrido. ARV. Real Cancillería, reg. 1.320, ff. 10 v y 13 v y Maestre Racional, reg. 8.860, ff. 91 v y 99 r.

14. ARV. Real Cancillería, reg. 1.320, ff. 13 v y 14 r y Maestre Racional, reg. 8.860, ff. 91 v y 99 r.

incoado contra Cerdá, Soldevilla y Acero se conservaba y se hallaba, además, en un estado casi perfecto¹⁵. Aunque no se trata de un documento incompleto, según veremos más adelante, la lectura de sus 284 folios ha resultado sencillamente apasionante y nos ha permitido comprender la necesidad de transcribirlo y editarlo íntegramente, acompañado de un estudio preliminar y el aparato crítico pertinente¹⁶. No obstante, dado el interés de su contenido y la evidencia de una conexión aragonesa-valenciana como detonante de los acontecimientos de 1541, hemos creído oportuno publicar un avance del mismo en la revista *Xiloca*, respondiendo, de esta manera, a la amabilidad con que D. José M^a de Jaime Lorén nos brindó sus páginas este pasado verano.

ALGUNAS CLAVES DE LA SUPUESTA CONSPIRACIÓN AGERMANADA DE 1541

Encuadrados en pergamino, los 284 folios del *procés dels procuradors fiscals de sa magestat contra Antoni Soldevilla, fuster, y Geroni Serdá, flaquer, e altres*, entre ellos, el pelaire aragonés Bernardino Acero y el también pelaire, probablemente aragonés, Amador Miralles, componen un cuadro extremadamente vivo del destino de un nutrido grupo de jóvenes, los temidos y temibles *fadrins* que, de una manera u otra, participaron en las correrías de Vicente Peris y de alguno de sus lugartenientes entre el verano de 1521 y el invierno de 1522. Aquellos muchachos de 1521 y 1552 frisaban la cuarentena en 1541. Algunos se habían convertido en maestros artesanos y padres de familia. Otros no eran más que simples oficiales pobres o artesanos itinerantes siempre en pos de un trabajo precario. Ni el transcurso del tiempo ni las diferencias sociales que habían ido creciendo entre ellos habían conseguido distanciarlos. Mantenían relaciones de amistad, de vecindazgo y hasta de parentesco muy sólidas. Solían coincidir y hasta reunirse con cierta frecuencia. Entre bromas y veras, entre el recuerdo imborrable del terror y la añoranza de la victoria que nunca llegó, rememoraban aquella gran aventura de su juventud. Algunos, incluso, se negaban a admitir la muerte de aquel *encubierto* a quien siempre habían considerado hijo del príncipe Juan y, en consecuencia, heredero legítimo de las dos coronas españolas¹⁷. Esta creencia, esta fe en el regreso mesiánico del *encubierto*, alentada por rumores, signos astrológicos y libros proféticos, fue la que, en definitiva, condujo al cadalso a un carpintero ibicenco, un panadero valenciano y a un pelaire aragonés durante los primeros meses del año 1541.

El proceso contra Jerónimo Cerdá, Antonio Soldevilla, Bernardino Acero y Amador Miralles, como todos los procedimientos penales, debe ser contemplado con extrema cautela por el historiador. Estamos obligados a presuponer que los reos,

15. ARV. Real Audiencia. Registro 1.610.

16. El proceso será publicado en breve por la *Conselleria de Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana* en el contexto de los actos conmemorativos del quinto centenario del nacimiento del emperador Carlos V.

17. Sobre la figura del *encubierto*, además de las obras previamente citadas, puede consultar el lector los estudios de Eulàlia DURÁN "Entorn a la figura de l'Encobert", en *EUC*, XXV (Barcelona, 1983), pp. 147-167, y el mío propio "Conflicto y represión: la justicia penal ante la Alemania de Valencia (1519-1523)", en *Estudis*, 22 (Valencia, 1996, especialmente pp. 185-197.

incluso sometidos a tormento, tratarán por todos los medios de defenderse, soslayando cualquier detalle que pudiera incriminarlos, minimizando el carácter delictivo de sus palabras o acciones y, en todo caso, cargando las tintas sobre la responsabilidad de sus supuestos cómplices. No menos reservas plantean los detalles aportados por los restantes testigos, más todavía en un caso como el que nos ocupa, donde no hubo prácticamente pruebas objetivas y la interpretación de lo acontecido descansó sobre la valoración de las intenciones criminales de los denunciados. Debemos, pues, sopesar la relación existente entre reos y testigos antes de dar crédito a sus palabras. Las conclusiones de los relatores de la causa, sin duda, podrían ayudarnos a comprender la gravedad de los hechos. Desgraciadamente el proceso con que nos enfrentamos carece de este apartado. Faltan también las ampliaciones de algunas denuncias cursadas por los procuradores fiscales contra los cuatro reos principales y algunos de sus supuestos cómplices. Sin embargo, el excelente estado de conservación de la causa, el elevado número de testimonios recopilados y las sentencias de muerte dictadas contra Cerdá, Soldevilla y Acero¹⁸, nos permitirán reconstruir los hechos con un grado de fiabilidad suficiente.

Pero antes de ocuparnos de los implicados y de sus actos, debemos acotar toda una serie de aspectos que, sin duda, nos ayudarán a comprender mejor los acontecimientos que tuvieron lugar en Valencia durante la primavera del año 1541. En primer lugar, hay que tomar en consideración la atmósfera de inquietud política y de exaltación profética que debió apoderarse de la ciudad de Valencia con motivo de la mal conocida conspiración agermanada de 1528. Las andanzas del último *encubierto* conocido hasta el momento, Alonso de Vitoria, y de sus cómplices, conmocionó hasta tal punto a las autoridades valencianas que, todavía en 1541, la seccionada cabeza –convertida en calavera– del aventurero alavés continuaba expuesta en la horca del mercado como siniestra advertencia ante nuevos desórdenes¹⁹. Entre los sucesos de 1528 y los de 1541 sólo hemos hallado dos nexos de unión que bien podemos calificar de accidentales o circunstanciales. El primero: dos de los principales acusados en el proceso de 1541, Jerónimo Cerdá y Bernardino Acero, mantenían una relación aparentemente estrecha y de confianza con la esposa del maestro tintorero Juan Vallés, cómplice de Alonso de Vitoria, perseguido por la justicia y en paradero desconocido desde el año 1529. No resulta sencillo pronunciarse, sin embargo, acerca del papel que pudieron desempeñar Cerdá y Acero en la conjura de 1528, porque ignoramos por completo si ya entonces conocían a Juan Vallés y a su esposa, Ángela Vallés, o si, por el contrario, entraron en contacto con ella al hacerse pública la complicidad de su marido con el *encubierto* vitoriano. El segundo: uno de los también acusados, aunque después absuelto, el tornero –probablemente segorbino– Domingo Cabello, dijo haber sido, en 1529, el denunciante que puso a la Real Audiencia sobre aviso de la existencia del *encubiero* Alonso de Vitoria²⁰.

18. ARV. Real Audiencia. Sentencias. Caja 214, nºs 1.087 y 1094.

19. Testimonios del pelaire Miguel Llopis y del tejedor Juan Torralba el sábado 25 de junio de 1541. Proceso, ff. 273 r y 276 r.

20. *Ibidem*, ff. 84 r y 166 r.

No podemos ignorar tampoco que, con toda seguridad, el origen de la causa abierta contra Cerdá y Soldevilla no fue otro que una auténtica mascarada urdida por Bernardino Acero con el fin de obtener cierta suma de dinero con la que hacer frente a la pobreza que, según sus propias palabras, padecía y a la dilatada familia que debía sustentar en Teruel²¹. Acero supo aprovechar toda una serie de circunstancias para llevar a cabo su plan. Aquel pelaire conocía perfectamente el pasado agermanado de Cerdá y Soldevilla. Siendo muy jóvenes, ambos habían participado en la resistencia de la ciudad de Alzira y habían servido bajo las órdenes del primer *encubierto* surgido tras la muerte del celeberrimo Vicente Peris, conocido entre los cronistas, en el proceso inquisitorial incoado contra él y en las mismas fuentes valencianas como Miguel o Enrique Manrique de Ribera, alias *el encubierto*, *hermano caro* o *pobre compañero*²². Acero no sólo sostuvo a lo largo del proceso que había tratado a aquel primer *encubierto*, sino que además sostuvo que había sido alabardero suyo durante un largo período de tiempo que, por supuesto, incluía su propia estancia en Alcira²³. Ninguno de los detalles cosechados a lo largo del proceso permite afirmar, sin embargo, que Acero llegase a conocer a Cerdá y a Soldevilla en Alzira; ni siquiera permite averiguar si Cerdá y Soldevilla iniciaron su amistad siendo soldados del *encubierto* en aquella ciudad ribereña del Júcar. Lo que sí podemos precisar con absoluta certeza es la credulidad de Cerdá, apasionado lector de profecías entre las que se contaba el llamado *Libro de San Isidoro* y, muy probablemente, la mismísima *Venida del Anticristo* de fray Juan Alamany, que tanta influencia tuvo en la configuración del mito del *encubierto* a partir de la segunda edición de la obra, publicada en Valencia en 1520²⁴.

Acero supo explotar el espíritu supersticioso de Cerdá, valiéndose de un amigo llamado Amador Miralles, a quien había conocido hacia 1533 ó 1534²⁵. De Miralles apenas sabemos nada, puesto que, aunque incurso en el pliego de acusaciones, nunca llegó a caer en manos de la justicia. Al parecer, Miralles era, como Acero, un pelaire, probablemente de origen aragonés, que solía desplazarse frecuentemente entre Valencia y Teruel en busca de trabajo. En sus diferentes testificaciones, Acero indicó que Miralles tenía entonces unos cuarenta años, que estaba soltero, que había participado siendo joven en la Germanía de 1519-22, que había servido también bajo las órdenes del (primer) *encubierto* y que decía ser adivino y astrólogo, capaz de interpretar los designios de las estrellas y hasta de averiguar la fecha del fallecimiento de cualquier persona al estrecharle la mano²⁶. Miralles había leído también las profecías de San Isidoro y, probablemente, el *Anticristo* de Alamany, una circunstancia que facilitó su conexión con la inquietud escatológica de Cerdá y permitió dotar de un adecuado soporte profético al plan de Acero para sacar dinero al panadero valenciano. No albergamos la menor duda acerca de las intenciones reales de Bernardino

21. *Ibidem*, f. 233 v.

22. P. PÉREZ GARCÍA, *art. cit.*, p. 186.

23. Proceso, f. 233 v.

24. Sobre la tradición y el valor profético-político de estas obras, *vid.* Eulàlia DURÁN, Joan REQUESSENS, (1997): *Profecia i poder al Renaixement*. Valencia.

25. Proceso, f. 233 v.

26. *Ibidem*, f. 236 v.

Acero ni de la esencial falsedad de la superchería maquinada para embaucar a Cerdá y a cualesquiera otros que concediesen crédito a sus palabras. Sin embargo, la verosimilitud de muchos de los detalles apuntados por el pelaire afincado en Teruel permiten suponer que Acero tuvo una participación activa en la Germanía de 1519-22 y que, desde entonces, debió mantener contactos más o menos estrechos con algunos de los jóvenes excombatientes de la resistencia alcireña.

No podemos olvidar, por último, que las supercherías de Acero, cada vez más enormes y abultadas, pero también cada vez más verosímiles, acabaron inflamando el ánimo de Cerdá hasta el punto de conducirlo a planear un viaje a Flandes. Nuestro crédulo panadero deseaba entrevistarse con el supuesto *encubierto* que Acero decía estar vivo y ponerse a su servicio, facilitando su llegada a Valencia para tomar posesión de la herencia territorial que legítimamente le pertenecía. Jerónimo Cerdá comenzó a buscar apoyos, a solicitar compañía para viajar a Flandes, a amenazar a su mujer con vender sus propiedades y abandonar el oficio de panadero, a poner sobre aviso a sus viejos camaradas y compañeros de armas, a tentar su suerte con personas que suponía afectas a la Germanía, aunque en realidad no lo eran. Finalmente, la cadena se rompió por el eslabón más débil y alguien a quien Cerdá consideraba un amigo fiel y discreto, el mercader de Ruzafa Juan Agustín Bueso, acabó denunciando al panadero ante el Santo Oficio y la Gobernación, tribunales ambos que, por su gravedad, acabaron poniendo el caso en manos de la Real Audiencia valenciana²⁷. Cerdá confiaba en Bueso porque, siendo joven, había trabajado como criado y aprendiz de panadero en el horno de su padre, Agustín Bueso, destacado agermanado y maestro de la artillería rebelde durante los meses de la guerra contra el virrey, conde de Melito²⁸. Pero precisamente por este motivo, es decir, por el temor que causaba en Juan Agustín Bueso la idea de aparecer involucrado en una conspiración como la que había llevado al cadalso a su padre, el mercader se decidió a poner los hechos en conocimiento de las autoridades valencianas²⁹. La diligencia de los jueces de la Real Audiencia fue total. Todos aquellos que perecían complicados en las maquinaciones de Cerdá fueron apresados y sus bienes inscritos en una relación de pre-embargo, el miércoles 18 de mayo de 1541. Cualquiera que hubiese tenido contactos, por ínfimos que éstos fuesen, con nuestro panadero, fueron llamados a testificar. También se cursaron órdenes de busca y captura contra Miralles y Acero. El primero nunca fue capturado, pero el segundo cayó en manos del zalmédina de Teruel a comienzos del mes de junio de 1541, siendo deportado a Valencia y ejecutado el jueves 30 de junio de 1541.

27. *Ibidem*, f. 48 r.

28. R. GARCÍA CÁRCEL, *op. cit.*, p. 286 y E. DURÁN, *Les germanies...*, p. 195.

29. Es también posible que, por causas que desconocemos y difícilmente imaginables, la esposa de Juan Agustín Bueso estuviese desterrada en Ibiza, una circunstancia que le hacía visitar con frecuencia el taller del ibicenco Antonio Soldevilla, pues allí confluían gentes procedentes de la isla con noticias frescas. Tal vez el presumible estado de confinamiento de la esposa de Bueso le empujase a delatar a su viejo amigo Cerdá. *Vid.* Proceso, ff. 47 v y ss.

BERNARDINO ACERO: UNA EXISTENCIA REAL Y UNA BIOGRAFÍA APÓCRIFA

La biografía del responsable último de la supuesta conspiración agermanada de 1541, el pelaire aragonés Bernardino Acero, aparece dibujada en el proceso penal del que tratamos en dos planos completamente distintos. Por una parte poseemos datos muy precisos acerca de su *estatus*, de su actividad profesional, de su relación con algunos círculos de excombatientes valencianos de la Germanía clásica y de su participación en los hechos que dieron lugar al procesamiento de Cerdá, Soldevilla y el suyo propio. Por otra, sin embargo, disponemos de una narración muy completa, aunque esencialmente apócrifa –creemos– sobre su supuesta vinculación con el llamado *encubierto de Alzira*, que no fue otro que Enrique Manrique de Ribera, convertido ahora en D. Enrique de Mendoza, hijo legítimo del príncipe D. Juan y de su esposa D^a. Margarita de Habsburgo, y heredero, por tanto, de los dominios españoles “usurpados” por el emperador Carlos V³⁰. Convendrá precisar desde este mismo instante que, cualquiera que fuese el carácter más o menos subversivo que nuestros supuestos conspiradores otorgasen a la presunta legitimidad dinástica de D. Enrique de Mendoza en sus conversaciones privadas, resulta completamente imposible hallar atisbos de la misma en sus declaraciones procesales. Según el testimonio de todos los implicados, el emperador y D. Enrique –primos hermanos, a la postre– se habían “reconciliado” hasta el punto que el otrora *encubierto* se hallaba viviendo en Flandes al amparo del emperador y convertido en duque de Pera, tras haber sido reconocido por su madre gracias a un anillo que el supuesto príncipe poseía cuando fue raptado de su cuna³¹. Sin embargo, la repentina muerte del César Carlos, profetizada precisamente para 1541, vendría acompañada –según Acero y Miralles– de una gran ofensiva turco-berberisca que pondría en extremo peligro la ciudad de Valencia. Sólo la providencial intervención de D. Enrique de Mendoza, acompañado de un gran ejército de nobles y soldados flamencos, y la valentía de los viejos combatientes valencianos podría conjurar aquel terrible ataque, tras el cual, D. Enrique sería coronado rey de las Españas y generalísimo de una gran cruzada llamada a recuperar definitivamente el santo sepulcro en Jerusalén³². Los acusados, como vemos, estaban preparados para su defensa: D. Enrique aparecía como fiel vasallo del emperador y éste, en cualquier caso, podía fallecer pronto de manera natural, dejando tras de sí un panorama tan comprometido que la intervención del duque de Pera no pudiese ser considerada menos que providencial y patriótica. La narración de los reos presentaba, sin embargo, un gravísimo punto débil: el emperador ya poseía un heredero legítimo, el príncipe Felipe, futuro Felipe II, cuya educación política, por cierto, tenía como modelo y paradigma el mismo que los Reyes Católicos habían destinado para su hijo, el príncipe D. Juan³³.

30. La conexión profética con el milenarismo escatológico medieval y el sebastianismo político de la figura del *encubierto* ha sido abordado por Eulàlia Durán en el artículo citado.

31. Testimonio de Jerónimo Cerdá el viernes 20 de mayo de 1541. Proceso, f. 82 v.

32. Testimonio del maestro cardero Domingo Cabello. Proceso, f. 84 r.

33. J.L. GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, (1999): “El príncipe Juan de Trastámara. Un *exemplum vitae* para Felipe II en su infancia y juventud”, en *Hispania*, 203, Madrid, pp. 871-896.

Los pormenores más fidedignos que poseemos sobre Bernardino Acero nos lo muestran como un pelaire pobre, nacido en la ciudad de Zaragoza, aunque afincado en la ciudad de Teruel, y, según su propio testimonio, precisado a viajar frecuentemente a lo largo del eje textil del valle del Palancia hasta Sagunto y Valencia, con el fin de conseguir un trabajo que no siempre podía hallar en su lugar de residencia³⁴. Su humilde origen social no le había impedido aprender a leer y escribir, pues, como él mismo señalará en diferentes ocasiones, solía leer libros y estaba en condiciones de redactar cartas e, incluso, de falsificar misivas, como aquella supuestamente remitida desde Flandes por D. Enrique de Mendoza, con la que Acero engañó a Cerdá³⁵. Nuestro pelaire debía contar entonces unos 45 ó 50 años. Estaba casado con la hermana de un capellán turolense y tenía, al menos, un total de siete hijas, una de las cuales trajo a Valencia durante el mes de agosto del año 1541 con el fin de colocarla –*afermarla*– como criada. En aquel viaje, como ocasiones anteriores, Acero se desplazó acompañado de otro pelaire, probablemente también de origen aragonés, llamado Amador Miralles. Ambos se conocían hacía unos siete años y ambos compartían un secreto que sólo alcanzaremos a conocer gracias al testimonio de Acero. Los dos habían servido a las órdenes del *encubierto de Alzira* en tiempo de la Germanía de 1519-22, aunque, al parecer, sin llegar a conocerse o tratarse hasta mucho después. Cuando llegaron a Valencia, y tras haber encomendado a la hija de Acero, los dos amigos se dirigieron a la posada de la viuda Llopis³⁶. La casa-posada de la viuda se hallaba situada en la plaza de Palomar, más o menos a media altura de la calle Quart. Disponía de un total de cuatro o cinco camas y estaba atendida por la viuda, una criada suya apellidada Barberá³⁷, y por Ángela Vallés, hija de la dueña de la pensión. En ella solían hallar albergue pelaires y tejedores de lana de paso por Valencia y jóvenes trabajadores del textil sin vivienda propia en la capital del Turia. Además de atender la pensión de su madre, Ángela Vallés hilaba en el torno y confeccionaba camisas para colaborar a su manutención. Ángela, como dijimos antes, era la esposa de uno de los implicados en el caso del *encubierto* Alonso de Vitoria. Como consecuencia del proceso en contumacia contra su esposo, Juan Vallés, su esposa había perdido todos sus bienes, incluyendo su propia dote cifrada en unos 3.000 sueldos, y había tenido que soportar prisión hasta que fue liberada por falta de pruebas. Desde entonces vivía al amparo de su madre, trabajando para ella y para clientes eventuales, algunos de los cuales, aprovechando el deshonor que manchaba su pasado, dejaban de pagar sus servicios de hilado y costura³⁸. Coincidencia o no, lo cierto es que Acero y Miralles siempre que acudían a Valencia se hospedaban en la posada de la suegra de uno de los implicados en la supuesta trama agermanada de 1528.

Los dos pelaires turolenses necesitaban dinero. Su situación en aquellos días era bastante apurada. Durante el largo camino entre Teruel y Valencia conversaron de sus problemas y decidieron organizar un engaño para obtener ayuda económica de algunos de sus amigos valencianos. Los destinatarios de su fraude eran, al parecer,

34. Proceso, ff. 233 v y ss.

35. *Ibidem*, ff. 234 r-235 r.

36. *Na Llopisa* en el proceso.

37. Denominada *Na Barberá*. Proceso, f. 278 rº.

38. Testimonio de Ángela Vallés. Proceso, ff. 279 r y ss.

dos viejos conocidos suyos: el carpintero Antonio Soldevilla y el panadero Jerónimo Cerdá. El primero llevaba una existencia relativamente modesta en Valencia. Casado con Juana Soldevilla, poseía una casa-taller en la plaza *del/s Caxers* de la capital del reino, donde daba trabajo a un carpintero llamado Juan Rodríguez y a un esclavo, y era dueño de unas cuantas moreras situadas en las cercanías de la acequia de Fluvíá, en Ruzafa³⁹. El segundo, sin embargo, poseía una posición mucho más desahogada. Casado con Úrsula Cerdá, era dueño de una casa-panadería situada en la misma plaza de Palomar donde se hallaba la pensión de la viuda Llopis y de dos puestos de venta de pan en la plaza del mercado de Valencia. Poseía, además, varios censales que producían anualmente una renta de 50 ó 60 libras y disponía de dos esclavos y un criado que le ayudaban en las tareas de amasado, horneado y venta del pan. El proceso analizado aporta muchos más datos sobre las relaciones familiares de Cerdá que de Soldevilla. Sabemos, por ejemplo, que Jerónimo Cerdá era compadre del tejedor de lana Damián Armengol, y que su esposa, Úrsula, era comadre del zapatero Jerónimo Núñez. Úrsula Cerdá era, además, prima del célebre notario y miembro de la administración valenciana Jaume Cherta, mientras que su esposo, Jerónimo, era primo de la esposa del tundidor Juan López Mosquerola. Mosquerola, que en los días de su prisión y procesamiento como presunto cómplice de aquella conjura era un hombre ya anciano, había tenido un papel de cierto relieve en tiempo de la Germanía clásica, según se desprende de su aparición entre los exceptuados del salvoconducto general firmado por Germana de Foix el 30 de enero de 1524⁴⁰.

Pero lo más llamativo de las personalidades de Soldevilla y Cerdá era que ambos, durante su juventud, habían servido bajo las órdenes del (primer) *encubierto* y habían participado en la resistencia de la ciudad de Alzira contra las fuerzas del entonces virrey D. Diego Hurtado de Mendoza. En los primeros momentos de su interrogatorio, Soldevilla había tratado de ocultar su participación en la revuelta agermanada. Confesó que, en efecto, había residido algún tiempo en la ciudad de Alzira, pero dijo que su estancia había tenido lugar tras la rendición de la ciudad y que había acudido allí para trabajar en la cosecha de la seda⁴¹. Poco antes de hacerse pública su condena, Antonio Soldevilla presentó, sin embargo, un relato mucho más ajustado sobre su pasado agermanado ante los jueces de la Real Audiencia. Nuestro carpintero confirmó que, en efecto, había residido en Alzira durante la revuelta de la Germanía y que había participado en la misma como soldado bajo las órdenes de aquel *rey encubierto* llamado D. Enrique Manrique de Ribera. Soldevilla había intervenido en el ataque de la tropa agermanada de Alzira contra los mudéjares de Alberique, añadiendo que, poco antes de la misma, el capitán Íñigo⁴², comandante agermanado de la plaza, hizo entrega al *encubierto* un gran trozo de pan para que se alimentase. El

39. *Ibidem*, f. 154 v.

40. R. GARCÍA CÁRCEL, *op. cit.*, p. 284. Posteriormente, sin embargo, Mosquerola fue perdonado por el emperador, previo pago de una elevada multa de 50 libras valencianas. *Vid.* Declaración del propio Mosquerola el 1 de junio de 1541 en el proceso citado, f. 161 r.

41. Proceso, f. 64 v.

42. Días después, el capitán Íñigo sería asesinado por el *encubierto*. *Vid.* P. PÉREZ GARCÍA, *art. cit.*, p. 188.

encubierto, sin embargo, se negó a comer y repartió el pan entre sus hombres. Soldevilla recibió de manos del *encubierto* una porción de pan y, desde entonces, dijo haberle guardado respeto, agradecimiento y fidelidad⁴³. Su relato sería confirmado, días después, por la viuda Isabel Pastor, dado que en aquellos días de 1522, Isabel y su marido Francisco Pastor residían en Alzira justo al lado de la casa que ocupaba Soldevilla. Es más, Francisco e Isabel Pastor llegaron a alojar en su vivienda al (primer) *encubierto* durante dos o tres días⁴⁴. Jerónimo Cerdá también estuvo en Alzira y debió coincidir allí con Antonio Soldevilla. Como el carpintero, también Cerdá trató de minimizar su responsabilidad en la revuelta señalando que había acudido a la villa de Júcar a participar en su defensa frente a la armada berberisca que había atacado previamente Cullera⁴⁵. Sin embargo, el hecho de que, después de la rendición de Alzira, Cerdá huyese a Italia y tratase de ocultar su pasado sirviendo como soldado imperial que combatía contra el ejército francés del rey Francisco I, parece indicar que su responsabilidad en la guerra civil valenciana fue mucho mayor que la que siempre admitió nuestro panadero⁴⁶.

El pasado agermanado de Cerdá y Soldevilla y su común frustración ante el resultado de la contienda explican perfectamente que ambos fuesen, especialmente el acomodado panadero, blanco del fraude urdido por Acero y Miralles. Ignoramos por completo si Acero conocía a Cerdá y Soldevilla desde los tiempos de Alzira, pues el proceso apenas arroja luz sobre el particular. Ahora bien, a tenor del relato que el pelaire turolense narró a nuestros panadero y carpintero sobre el destino final del *encubierto* es posible establecer dos evidencias. En primer lugar, Acero conocía perfectamente el sentir proagermanado de Cerdá y Soldevilla. En segundo término, Acero dijo haber sido –no sólo ante los jueces, sino también ante sus dos crédulos oyentes– criado y alabardero del *encubierto* y haberle seguido en todos sus pasos, incluyendo, por supuesto, su paso por Alzira. Consecuentemente, si esta porción del relato de Bernardino Acero no fuese apócrifa, podría afirmarse que nuestros tres protagonistas, cuanto menos, coincidieron en Alzira durante los primeros meses del año 1522. En cualquier caso, lo cierto es que Bernaldino Acero disponía de una narración completa de su pasado al servicio del *encubierto* que comunicó en su integridad a Cerdá y Soldevilla durante su estancia en Valencia en agosto de 1540.

Según el contenido de la declaración arrancada bajo tormento a Jerónimo Cerdá y a Antonio Soldevilla el jueves 19 de mayo de 1541, Bernardino Acero les habría contado que, en los últimos años del reinado de D. Fernando el Católico, se encontraba en las proximidades de Málaga⁴⁷. Algunos detalles cronológicos de la narración permitirían situar esta supuesta estancia del zaragozano en Málaga entre los años 1510 y 1515. Estando, pues, en Málaga, Acero conoció a un muchacho de unos 15 o 16 años, llamado D. Enrique de Mendoza, que le causó una gran impresión, razón por la cual decidió ponerse a su servicio cuando éste le pidió que le siguiera. Poco

43. Proceso, f. 96 v.

44. *Ibidem*, f. 122 r.

45. *Ibidem*, f. 61 v.

46. *Ibidem*, f. 63 r.

47. *Ibidem*, ff. 75 r-81 v.

después averiguaría –dijeron– que se trataba del hijo del príncipe D. Juan y de su esposa D^a. Margarita de Habsburgo, raptado de su cuna cuando era todavía muy niño, y al que todos consideraban muerto. Como prueba de su sangre real y de su misión profética –continuaron– D. Enrique habría mostrado a Bernardino una marca de nacimiento en forma de crucifijo que tenía en el pecho. El aragonés siguió a D. Enrique hasta el presidio de Orán y fue testigo del arrojo y valentía con que, en diferentes ocasiones, defendió la plaza y combatió al enemigo. En Orán –prosigueron Cerdá y Soldevilla– se conocieron y trabaron amistad D. Enrique y un oscuro personaje que, a lo largo de todo el proceso, aparecerá identificado siempre como el *Alcaide de los Donceles*⁴⁸. Acero nunca les había contado cuánto tiempo estuvieron él y D. Enrique en la plaza de Orán. Sin embargo, esta parte del relato coincide plenamente con la peripecia biográfica que el propio *encubierto* narró cuando hizo su aparición pública en Xàtiva, el 21 de marzo de 1522⁴⁹. Bernardino les había dicho que siguió a su señor hasta Xàtiva y Alzira, siendo testigo de la manera en que el *rey encubierto* desveló su “verdadera” identidad⁵⁰. Poco después, estando D. Enrique en Alzira, ordenó a Bernardino que viajase hasta la ciudad de Iniesta (Cuenca) para entregar una carta a un pastor que allí vivía. Cuando llegó a Iniesta, Acero tuvo que leerle la misiva al pastor, dado que él no sabía hacerlo, y, al punto, se encaminaron juntos a Alzira⁵¹. Sobre este punto, la narración de los acontecimientos comienza a resultar confusa, puesto que Cerdá indicó primero que el encuentro entre D. Enrique y el pastor de Iniesta tuvo lugar en Alzira, pero luego recordó que había tenido lugar en el quemador del río de la ciudad de Valencia, inmediatamente después de un asalto frustrado del *encubierto* a las murallas de la ciudad con el fin de atentar contra la vida del virrey⁵².

El parecido físico entre el pastor conquense y el *encubierto* debía ser muy notable. D. Enrique pidió al pastor intercambiar sus vestiduras, diciéndole, *¡Mira, hermano, tu eres hombre esforzado! ¡si sales hoy de ésta, serás hombre de buena ventura!*⁵³. El anónimo pastor, sin embargo, no consiguió superar aquella prueba. Acometido en las cercanías de Burjassot por unos sicarios a sueldo, fue asesinado y decapitado el día 19 de mayo de 1522. En Valencia todos creyeron que la cabeza expuesta en el portal de Quart y el cuerpo quemado en las hogueras del río pertenecía al *encubierto*. En realidad, según el relato que Acero había narrado a Cerdá y Soldevilla, el fallecido no era otro que el pastor de Iniesta que él mismo había traído a Valencia desde Cuenca. Hay un aspecto relevante dentro del proceso que analizamos que no nos resistimos a comentar precisamente ahora. Uno de los procesados en esta

48. Aunque no estamos completamente seguros, es posible que tras esta denominación se esconda la figura de alguno de los Justicias de Aragón o de alguno de sus lugartenientes.

49. R. GARCÍA CÁRCEL, *op. cit.*, pp. 132-134.

50. El primer *encubierto*, como ya hemos señalado páginas atrás, se hacía llamar Enrique Manrique de Ribera. El *encubierto* del relato de Bernardino Acero y Jerónimo Cerdá, sin embargo, se hacía llamar Enrique de Mendoza.

51. Proceso, f. 75 v.

52. *Ibidem*, f. 81 v.

53. *Ibidem*, f. 81 v.

misma causa, el tejedor de lana y compadre de Cerdá, Damián Armengol, en su declaración jurada del martes 24 de mayo de 1541, confesó que, siendo muy joven, había acompañado y servido a Pedro Loesa el mismo día en que éste dio muerte al supuesto *encubierto* en una *sequiola* de Burjassot y que vio cómo le cortaban la cabeza y la clavaban en una lanza para llevarla a Valencia⁵⁴. El “verdadero” *encubierto* –siempre según el relato que Cerdá y Soldevilla escucharon a Acero– había huido hacia el norte. En las cercanías de Puzol fue interceptado por el comendador Penarroja. Creyéndolo un simple pastor, el comendador le habló. La elegante manera de expresarse del *encubierto* acabó delatándolo. Entre ambos se produjo un forcejeo y D. Enrique derribó del caballo a Penarroja, hecho lo cual tomó la cabalgadura y, después de desvelarle su “verdadera” identidad, huyó, junto con su alabardero, hacia Teruel, atravesando el valle del Palancia.

D. Enrique, el *encubierto*, y Bernardino Acero se instalaron en la Fuensanta, lugar situado a unas tres leguas de Teruel, y allí permanecieron por espacio de tres a cinco meses⁵⁵. Muy poco tiempo después de haberse instalado en la Fuensanta, Acero escuchó a D. Enrique pronunciar unas misteriosas palabras: *¡Pobre de tí, que no te valdrá el camal de plata que traes en la ordenanza!* El fiel alabardero pidió explicaciones a su señor y éste le dijo que se acercase hasta Teruel y sería testigo de la ejecución del platero valenciano Juan Bernabeu⁵⁶. En efecto, Juan Bernabeu fue ejecutado en Teruel por orden del justicia Juan de Lanuza el día 1 de agosto de 1522⁵⁷. Este detalle del proceso y la presencia de Bernardino Acero en Teruel el día del suplicio de Bernabeu nos permiten suponer que, probablemente, Acero formaba parte de la tropa que este lugarteniente del *encubierto* asesinado en mayo de 1522 condujo hasta Teruel con el fin de obtener refuerzos en Aragón⁵⁸. Sin embargo, el relato apócrifo del pelaire zaragozano precisaba que, tras el ajusticiamiento de Bernabeu, D. Enrique y él mismo pasaron a tierras de Cataluña y residieron durante cinco o seis años bajo la protección de un hombre llamado Jordi Ruiz⁵⁹. Durante aquella dilatada etapa, D. Enrique admiró a todos por su valentía y valor con las armas, haciendo frente a diversas situaciones comprometidas. Hacia 1527 ó 1528, pues, D. Enrique decidió abandonar la propiedad de Jordi Ruiz y partió hacia un lugar de la Mancha llamado Benafe, mientras Bernardino Acero regresaba a Teruel. La narración que el pelaire zaragozano contó a Cerdá y Soldevilla, permite suponer que, mientras en Valencia tenía lugar la conspiración de 1528-29 saldada con la ejecución de un nuevo *encubierto* y cinco de sus partidarios, el “genuino” *encubierto*, D. Enrique, se hallaba en Castilla y, al parecer, mantenía estrechas relaciones con el condestable de Castilla. Buena prueba de ello serían las cartas con las que D. Enrique se presentó en Teruel y, días después, en Zaragoza, donde llegó, no sin ciertos contratiempos, justo a tiempo de evitar el ajusticiamiento del propio Bernardino Acero, que había caído en

54. *Ibidem*, f. 112 v.

55. *Ibidem*, f. 81 v.

56. *Ibidem*, f. 82 r.

57. P. PÉREZ GARCÍA, *art. cit.*, p. 188.

58. R. GARCÍA CÁRCEL, *op. cit.*, p. 138.

59. Proceso, f. 75 v.

60. Entre los contratiempos aludidos, el relato que Bernardino narró a Cerdá hablaba de un enfrentamiento con el baile de Teruel. *Ibidem*, ff. 75 v-76 v.

manos del zalmedina de Teruel⁶⁰. La carta del condestable que portaba D. Enrique bastó para que el zalmedina suspendiese la ejecución y prometiese la pronta liberación del pelaire. D. Enrique visitó en la cárcel de Zaragoza a su fiel escudero. Trajo consigo un físico para que procediese a sangrar a Acero en un pie y en un brazo, tal era el espanto que había pasado creyendo cercana la hora de su muerte, y le comunicó que pensaba trasladarse a Flandes donde su madre, D^a. Margarita de Austria, se hallaba próxima a la muerte. Si este dato fuera perfectamente riguroso, la fallida ejecución de Bernardino Acero y la última entrevista con D. Enrique debió producirse, pues, hacia finales de 1529 o comienzos de 1530, un extremo éste que bien podría significar que nuestro protagonista pudo tener algún tipo de participación en los acontecimientos que, en Valencia, llevaron al cadalso a Alonso de Vitoria y sus cómplices.

Las supuestas peripecias del *encubierto* D. Enrique de Mendoza presentan numerosos puntos débiles en el relato que Bernardino Acero transmitió a Jerónimo Cerdá y Antonio Soldevilla. Según acabamos de ver, nuestro pelaire turoense dijo haber visto vivo por última vez a D. Enrique hacia 1529 ó 1530. Sin embargo, Acero mantuvo la boca cerrada y nada dijo acerca de la suerte de su señor hasta que, transcurridos casi diez años, confesó haber recibido una carta del *encubierto* desde Flandes. Se guardó también de revelar que, hacia 1536 ó 1537, había intentado viajar hasta Flandes para visitar a D. Enrique, pero que había desistido al encontrarse en Bayona con un primo del *alcaide de los donceles* llamado D. Orlantino, que le había disuadido y le había pedido que regresase a Teruel y allí aguardase noticias de su señor⁶¹. Estas presuntas nuevas no llegaron a Aragón hasta el verano de 1540 en forma de una epístola que relataba el destino en Flandes de D. Enrique de Mendoza. En esta carta, por cierto, no había alusión alguna al fallecimiento de D^a Margarita de Habsburgo, acaecido en 1530. Antes al contrario, el supuesto *encubierto* escribió en ella haber hallado enferma a su supuesta madre. Cuando los caballeros que la acompañaban abandonaron la estancia, D. Enrique, que se hallaba acompañado del misterioso *alcaide de los donceles*, se dió a conocer mostrando a D^a Margarita la marca de nacimiento en forma de crucifijo que tenía en el pecho⁶², y un anillo que, al parecer, ella había colocado en la mano de su desaparecido hijo⁶³. De inmediato, D^a Margarita lo reconoció e hizo que le fuera entregado el Ducado de Pera como parte de la herencia que le correspondía. El flamante duque de Pera habría vivido, desde entonces, en Flandes, y habría llegado a conocer a su primo, el César Carlos, aunque no parece claro que llegara a revelarle nunca su “verdadera” identidad. D. Enrique se hacía acompañar desde entonces de un *hombre santo* que poseía el don de la profecía. Aquel misterioso “profeta” no sólo habría pronosticado el repentino fallecimiento del emperador Carlos V para el año 1541, sino que, incluso, habría puesto en conocimiento del propio César su destino, añadiendo que en sus dominios vivía un hombre a quien, por herencia, correspondían sus dominios españoles⁶⁴. D. Carlos preguntó al hombre santo quién era aquel hombre, pero el profeta no quiso contestarle, escu-

61. *Ibidem*, f. 80 v.

62. *Ibidem*, f. 76 r.

63. *Ibidem*, f. 82 r.

64. *Ibidem*, f. 76 r.

dándose en el mandato divino de guardar silencio. Pero lo más asombroso del apócrifo relato era que el rey de Inglaterra, Enrique VIII, hallándose en Flandes con motivo de una entrevista con Carlos V, habría tenido la oportunidad de coincidir con D. Enrique de Mendoza. Al verlo, el sobresaltado rey Enrique VIII le habría preguntado: *¿sóis vos, por ventura, un hombre que por astrología me han dicho que habéis de ser mi yerno? ¿tenéis una señal en el pecho?*⁶⁵. D. Enrique le mostró aquella marca de nacimiento y el monarca inglés hizo ademán de arrodillarse, acción que el *encubierto* evitó estrechándole las manos. Ambos se abrazaron. El soberano de Inglaterra habría decidido concertar de inmediato las nupcias de su hija –supondremos que podría tratarse de la princesa María, hija de D^a Catalina de Aragón– con D. Enrique. Suegro y yerno, sin embargo, prometieron mantener la noticia en secreto hasta el definitivo regreso de Enrique VIII a Inglaterra⁶⁶.

LA “NOVA GERMANÍA” DE 1541: LAS DRAMÁTICAS CONSECUENCIAS DE UN MONUMENTAL EMBUSTE

Bernardino Acero, pobre aunque letrado pelaire turolense de origen zaragozano, mantenía, como acabamos de comprobar, una doble vida. Por un lado, llevaba una dura existencia cotidiana, obligado a trabajar moviéndose entre Teruel y Valencia para ganar un jornal siempre escaso con el que mantener su dilatada prole femenina. Por otro, había conseguido ganar un cierto prestigio entre algún grupo de menestralles valencianos que en su juventud habían combatido bajo las órdenes de Peris y del (primer) *encubierto*, inventando una biografía casi completamente apócrifa. En cualquier caso, no podemos descartar la participación más o menos activa de Acero en la Germanía de 1519-22, bien antes, bien después de que el platero Juan Bernabeu atravesase la frontera aragonesa y llegase a Teruel en busca de refuerzos durante el verano de 1522. Ignoramos por completo cuanto tiempo Jerónimo Cerdá y Antonio Soldevilla prestaron oídos a las historias de Miralles y Acero, antes de que éste último decidiese organizar un monumental embuste con el fin de obtener una buena cantidad de dinero, aprovechándose de la buena fe de los dos amigos valencianos. Ahora bien, a tenor de los testimonios reunidos en este proceso penal, la planificación mendaz de aquel engaño habría comenzado a fraguarse durante el viaje que Acero y Miralles emprendieron a Valencia en el mes de agosto de 1540.

Cerdá y Soldevilla era las víctimas propiciatorias perfectas de aquel soberano embuste. Siendo jóvenes, ambos se habían visto incursos en los acontecimientos de la Germanía clásica; ambos habían participado en la defensa de Alzira contra las fuerzas realistas; ambos –al parecer– habían conocido y servido al (primer) *encubierto*; ambos eran –en cierto sentido– emigrantes: Soldevilla procedía de Ibiza y Cerdá era hijo de un emigrante leridano nacido en la villa de Oliana⁶⁷, donde nuestro panadero todavía tenía familia; ambos albergaban idénticos sentimientos anti-moriscos y temían –como muchos valencianos de la época– que en cualquier momento una gran

65. *Ibidem*, f. 76 v.

66. *Ibidem*, f. 76 v.

67. *Ibidem*, f. 63 r.

flota combinada turco-berberisca atacase y ocupase el reino de Valencia; ambos –por último– estaban imbuidos del profetismo mesiánico milenarista de raigambre medieval y de una irracional creencia en los designios astrológicos, en el poder de la adivinación y en la fuerza sobrenatural de los signos de la naturaleza. Bernardino Acero, creyese o no en ellos, participase o no de aquellos sentimientos, acertó a combinar todos estos elementos en una narración portentosa destinada a convencer al panadero y al carpintero de la necesidad de aportar medios y ayuda para facilitar el regreso –profetizado, pero también anunciado– del *encubierto* D. Enrique de Mendoza a tierras valencianas. El virrey, duque de Calabria, los jueces de la Real Audiencia, el abogado y los procuradores fiscales del rey entendieron perfectamente lo que había sucedido. Sabían que todos aquellos rumores y nuevas eran completamente falsos. Pero temían la emotividad del pueblo y la conmoción que podía provocar la noticia que Cerdá y Soldevilla comenzaron inopinadamente a propagar por Valencia: el *encubierto* estaba vivo y no sólo vendría a recuperar sus dominios tras la profetizada repentina muerte del emperador Carlos, sino que llegaría providencialmente a tiempo de defender Valencia de una potentísima flota de conquista turco-berberisca. Ésta es, en esencia, la historia de la *nova germanía* del año 1541: un monumental embuste convertido en un rumor peligroso y sedicioso que el duque de Calabria y la Real Audiencia cortaron de raíz, descuartizando inmisericordemente al autor y a dos de los instrumentos de aquella patraña. Conozcamos ahora los acontecimientos que derivaron en la captura y posterior ajusticiamiento de Cerdá, Soldevilla y Acero.

Durante el trayecto estival entre Teruel y Valencia, Miralles y Acero decidieron combinar las profecías anti-musulmanas de San Isidoro y la supuesta supervivencia del *encubierto* para obtener una ayuda económica de sus amigos valencianos. Durante buena parte del mes de agosto de 1540, Miralles y Acero hablaron con Cerdá y Soldevilla y trataron de convencerles de la verdad de una y otra historia⁶⁸. Los dos pelaires aragoneses quisieron evitar a toda costa que aquellas noticias saliesen del restringido objetivo de su engaño. Sin embargo, nuestros panadero y carpintero no tardaron en comunicar la nueva a un amigo común, el tejedor Juan de Lope, con quien también tuvieron la oportunidad de tratar los dos pelaires. A comienzos del mes de septiembre de 1540, Bernardino Acero estaba de regreso en Teruel⁶⁹. Poco tiempo después, aprovechando una dolencia de su cuñado, el capellán, y su necesidad de disfrutar de un clima más benigno, Acero y su cuñado se desplazaron hasta la ciudad de Sagunto durante las Navidades de 1540. Allí estuvieron ambos durante tres semanas consecutivas. Acero aprovechó su estancia para visitar Valencia, donde volvió a entrevistarse con Cerdá y Soldevilla⁷⁰. De momento, su añagaza no había dado ningún resultado. Cerdá le había hecho entrega de un par de ducados, pero parecía remiso a depositar en sus manos una cantidad mayor. Acero partió a Teruel con las manos vacías la última semana de enero del año 1541. Durante las fiestas de Carnaval siguientes, Amador Miralles acertó a pasar por Teruel. Fue entonces cuando los dos pelaires decidieron redondear la superchería y escribieron a Jerónimo

68. *Ibidem*, f. 234 r.

69. *Ibidem*, f. 234 r.

70. *Ibidem*, f. 234 r.

71. *Ibidem*, f. 234 v-235 r.

Cerdá una carta en la que anunciaron que D. Enrique de Mendoza, finalmente, se había puesto en contacto con ellos⁷¹.

La carta en cuestión precisaba que, una vez fallecido el César Carlos, el *encubierto*, acompañado de caballeros flamencos y alemanes, se presentaría en Sagunto el día de San Francisco de 1542 a tiempo de derrotar a la flota turca, y que habría una gran batalla en el Llano del Real de Valencia⁷². La misiva había llegado a manos de Acero porque el mismísimo D. Orlantino, que en Bayona le había obligado a regresar a Teruel hacia 1537, se había personado en Teruel como portador de las órdenes de movilización de los partidarios de D. Enrique y para que, en definitiva, las profecías tuviese cumplimiento. La presunta carta del *encubierto* estaba repleta de referencias que sólo un lector de la *Venida del Anticristo* de fray Juan Alamany, como era Cerdá, podía entender: la “gran silva”, las “cuevas de Hércules”, el “gran doctor”, el anagrama “G. S.”, etc.⁷³. Desde entonces Cerdá otorgó un crédito absoluto a los dos pelaires turolenses. De hecho, ya a comienzos de marzo de 1541, Jerónimo Cerdá había comenzado a revelar a sus amigos que pronto tendrían lugar en Valencia acontecimientos de suma gravedad⁷⁴. Y la carta de Acero, en efecto, había llegado a Valencia en torno a la festividad de Cuaresma de 1541, seguramente traída por el propio Amador Miralles. Miralles era el encargado de descifrar algunos de los enigmas de la epítola del *encubierto*. Bajo el símbolo de las “cuevas de Hércules” se escondía, en realidad, la ciudad de Sagunto; el “gran doctor” era nada menos que el ilustre teólogo y catedrático Juan Celaya, rector del Estudio General de Valencia y supuesto amigo de D. Enrique de Mendoza⁷⁵; por último, el anagrama “G. S.” significaba nada menos que “Gerónimo Serdá”. Nuestro panadero estaba ahora plenamente seguro de que su antiguo comandante contaba con él para el profetizado día de la victoria. Desde ese mismo instante hasta el día de su ejecución, su existencia ya no tuvo reposo.

Cerdá ardía en deseos de viajar a Teruel y contemplar con sus propios ojos la carta firmada por el *encubierto*. Con todo, no quería despertar sospechas innecesarias. Para llevar a cabo su plan con suficiente discreción, convenció a su compadre Damián Armengol de que lo acompañase a Teruel y le procuró los medios para realizar el viaje. Armengol es uno de los personajes sobre el que nuestro proceso brinda mayor número de detalles, precisamente porque su participación en la supuesta conjura de 1541 nunca llegó a dilucidarse por completo, siendo necesarios cinco testigos para probar su inocencia. Los actos de su defensa, nos han permitido averiguar que Armengol, tejedor de lana, estaba casado con Magdalena Armengol, natural de Teruel, y tenía dos hijos y dos hijas de corta edad⁷⁶. Cuando estalló en Valencia la Germanía de 1519-22, Armengol vivía en la calle de Vicente Borrella y ya ejercía como tejedor. Llegó a participar en algunos alardes de la Germanía y militó en las filas de la *dehena* del oficio de tejedores⁷⁷. Sin embargo, parece probado que pronto

72. *Ibidem*, f. 235 v.

73. Vid. Eulàlia DURÁN, Joan y REQUESSENS (1997): *Profecia i poder al Renaixement*. Valencia.

74. Testimonio del panadero Pedro Montull el jueves 19 de mayo de 1541. Proceso, f. 72 r.

75. *Ibidem*, f. 237 r.

76. *Ibidem*, f. 250 v.

77. *Ibidem*, f. 247 r.

se distanció de la revuelta y, junto con los moderados de su gremio, comenzó a significarse como partidario del marqués de Zenete. Armengol ayudó a los alguaciles del gobernador y participó en el asalto contra la casa de Vicente Peris, en la calle Virgen María de Gracia, el mismo día de la muerte del general agermanado. Allí recibió una herida en la parte superior del muslo, de la que tardó dos meses en recobrase⁷⁸. Justo a tiempo para secundar al sicario Pedro Loesa, responsable de la muerte en Burjassot del (primer) *encubierto*, Enrique Manrique de Ribera⁷⁹. Cuatro años después, Armengol formaría parte de la milicia municipal valenciana que, al mando del capitán Blanes, combatió contra los mudéjares rebeldes de la Sierra de Espadán (1526)⁸⁰.

Pues bien, el “bravo” Damián Armengol fue la persona elegida por Jerónimo Cerdá para viajar hasta Teruel. Ambos eran compadres y como quiera que el tejedor de lana tenía varios cuñados y cuñadas en Aragón, no tardó en aceptar la invitación del panadero, pues al cabo y al fin tenía proyectado un viaje estival a Teruel que bien podía adelantar. Hacia finales del mes de marzo de 1541 ambos compadres iniciaron su andadura hacia Sagunto, Segorbe y tierras aragonesas. Ya en Teruel, estuvieron alojados cerca de tres días en una pensión muy cercana a la vivienda de la cuñada de Armengol, cuyo marido, Pedro Malo, se hallaba en aquellos momentos ausente por unos negocios que habían reclamado su atención en la villa de Burbáguena, a medio camino entre Calamocha y Daroca⁸¹. Cerdá comenzó a buscar de inmediato a Bernardino Acero. Finalmente, pudo localizarlo en las cercanías del portal de Valencia. Apartándose de la compañía de su compadre Armengol, estuvo hablando con el pelaire cerca de media hora⁸². Convinieron en encontrarse al día siguiente para comer y cenar juntos en casa de Bernardino Acero. Armengol, al parecer, estaba completamente al margen de todo el secreto y, de hecho, nada había escuchado de la conversación mantenida por Cerdá y Acero. El pelaire turolense, sin embargo, suponía al tejedor al cabo de todo, debido al parentesco y a la gran amistad que le profesaba Cerdá. Así que, al acercarse hacia Armengol, Acero no encontró mejor modo de hacer un “guiño” de complicidad que señalarle una cercana ermita y decirle: *¡Ves allí (Armengol), allí está San Julián, esa ermita que está al lado de aquel pajar; por allí pasó el encubierto D. Enrique cuando se dirigía a Zaragoza, donde consiguió librarme de la justicia cuando me llevaban a sentenciar!*⁸³. Armengol reaccionó de inmediato. Dijo no entender media palabra de todo lo que se le decía y pidió a Cerdá que no quisiese perjudicar la amistad que hasta entonces había mantenido con semejantes historias⁸⁴. Perplejo y pensativo, el tejedor comenzó entonces a sospechar que el ansia viajera de su compadre olía peligrosamente a juramentación alevo-

78. *Ibidem*, f. 249 r.

79. *Ibidem*, f. 112 v.

80. *Ibidem*, ff. 250 r-251 r.

81. *Ibidem*, f. 234 v.

82. *Ibidem*, f. 234 v.

83. *Ibidem*, f. 264 r.

84. *Ibidem*, f. 264 v.

85. *Ibidem*, f. 235 r.

sa. El resto del día lo pasaron Cerdá y Armengol en compañía de dos tejedores de lana turolenses, amigos de Armengol, llamados Pacual de Riglos y Bernardo Sebastián⁸⁵.

La mañana siguiente se reunieron de nuevo con Acero. El pelaire los había invitado a comer y a cenar en su casa. En un momento determinado, Acero y Cerdá abandonaron el hogar y regresaron pasado un tiempo. Se sentaron junto a Armengol e intentaron sacar de nuevo a colación el asunto del *encubierto*. Pero Armengol, molesto, se levantó de la mesa y se fue a cenar a una posada cercana. Horas después y ya en la posada donde se hospedaban, Armengol fue testigo de que Cerdá encendía una luz y se ponía a leer una carta. Bromeando, el tejedor preguntó a su compadre si aquella era una carta de amores, a lo que el panadero respondió que no, que aquella misiva se la había entregado Bernardino Acero⁸⁶. Al día siguiente emprendieron viaje de regreso a Valencia. Cerdá ardía en deseos de narrar a Armengol sus conversaciones con el pelaire turolense. Quería que supiese que el supuesto *encubierto*, D. Enrique de Mendoza, había prometido regresar a Valencia tras el fallecimiento de su primo Carlos V y presentar batalla a la flota turca que se había profetizado que atacaría la capital del Turia. Sin embargo, temía la reacción airada de su compadre. Cuando ambos llegaron a la altura de Torres Torres, el panadero se atrevió a contar algunos extremos de sus conversaciones con Acero. Dijo que un caballero procedente de Flandes tenía que presentarse en día de San Francisco del año 1542 en el castillo de Sagunto para desenterrar un tesoro que permanecía allí oculto⁸⁷. Una vez en Sagunto, Cerdá manifestó su intención de visitar el castillo y Armengol, aquejado de un fuerte dolor en la pierna, aprovechó la circunstancia para continuar solo hasta Valencia. Nuestro panadero, según supo después Armengol, no llegó hasta el día siguiente⁸⁸.

Custodiando aquella carta entregada por Acero, Jerónimo Cerdá regresó de su viaje a Teruel completamente cambiado. Estaba alterado, ansioso por encontrarse con sus viejos amigos. Dejó de trabajar, incluso, y comenzó a inquietar a su esposa con la amenaza de abandonar Valencia. Úrsula Cerdá no sabía qué hacer. Pensó que un familiar suyo, el zapatero Jerónimo Núñez, podría convencer a su esposo. Un buen día, transcurrida ya la Cuaresma de 1541, Úrsula se presentó en su taller y le dijo: *¡compadre, hacedme merced de coger a mi marido e informaros por él de la vida que desea hacer, porque ha dicho que quiere vender los esclavos y la panadería, y que no quiere amasar, ni nada!* Núñez respondió: *¡comadre, id en buena hora, que yo le hablaré, y sabré lo que quiere hacer!* El zapatero visitó a Cerdá y, apelando a lo mucho que su esposa Úrsula le había ayudado siempre, le preguntó por sus intenciones. Cerdá respondió: *¡fe tengo de que viviré dejando el oficio!* A lo que Núñez replicó: *¿cómo podéis vos vivir dejando el oficio, con 50 ó 60 libras de renta que tenéis?* Cerdá respondió *¡no os preocupéis, que ya encontraré yo modo y manera de qué vivir!* Núñez salió de la panadería muy crispado, diciendo: *¡haced lo que os parezca!*

86. *Ibidem*, f. 108 r.

87. *Ibidem*, f. 108 v.

88. *Ibidem*, f. 109 r.

89. De la declaración jurada de Jerónimo Núñez realizada el jueves 19 de mayo de 1541. *Ibidem*, ff. 73 r-73 v.

*pesar me ha que lo que mi comadre ha ganado con malas noches y malos días haya de ver cómo se pierde!*⁹⁰. Cerdá, en efecto, pensaba en todo menos en su negocio. Ya entonces había decidido abandonarlo todo para reunirse en Flandes con D. Enrique de Mendoza, colocándose bajo su servicio y protección. Redactó una carta y pidió al tejedor Juan García y al pelaire Pedro Gómez de la Reina que, pues tenían que desplazarse hasta Teruel para visitar allí a una hija de Gómez de la Reina, llevarsen aquella misiva y se la entregasen a Bernardino Acero. Los viajeros estuvieron en Teruel durante la fiesta de Pascua de 1541⁹⁰.

En aquella misiva, Cerdá manifestaba su intención de viajar hasta Flandes para encontrarse con D. Enrique de Mendoza, e invitaba a Bernardino Acero y Amador Miralles a acompañarlo. La carta fue entregada al pelaire turolense el primer domingo después de Pascua del año 1541. Persuadido de la veracidad de su contenido, Acero se asustó y decidió acudir a Valencia, probablemente en compañía de García y Gómez de la Reina. En sus declaraciones ante los relatores de la causa el miércoles 22 de junio de 1541, Bernardino Acero dijo que viajó a Valencia dispuesto a disuadir a Cerdá o, cuanto menos, a acompañarle hasta medio camino, siempre y cuando el panadero valenciano le hiciese entrega del dinero que necesitaba para sobrellevar su pobreza⁹¹. El pelaire turolense llegó a Valencia en los primeros días del mes de abril de 1541, alojándose, como de costumbre, en la pensión de la viuda Llopis. Maniatado en su propia trampa, Acero debía convencer a Cerdá de que guardase silencio y, al tiempo, revelarle nuevos detalles que le confirmasen el cumplimiento de cuanto había sido prometido y profetizado. Bernardino se entrevistó, pues, con Cerdá en diferentes ocasiones dentro de la posada de la viuda Llopis. Aprovechando el hecho de hallarse bajo el mismo techo que Ángela Vallés, Bernardino Acero añadió a su relato anterior que el esposo de Ángela, Juan Vallés, procesado años atrás por el episodio del *encubierto* Alonso de Vitoria, se hallaba en Flandes, convertido en un hombre rico bajo la protección de D. Enrique de Mendoza. En lugar de guardar silencio, como le había pedido Acero, el indiscreto Jerónimo Cerdá tardó nada en narrar a Ángela el destino de su marido, prometiéndole que éste regresaría muy pronto a Valencia para socorrerla⁹².

Desesperado ante la actitud del panadero, aunque convencido de que pronto le haría entrega de una sustanciosa recompensa por acompañarle en ese viaje a Flandes que Acero ya había decidido no hacer, nuestro pelaire abandonó Valencia y regresó a Teruel. Lejos de moverse con sigilo, Cerdá no cesó de alertar a unos y otros con hechos y palabras que parecían carecer de sentido. Tan pronto se le escuchaba anunciar terribles presagios sobre una ofensiva berberisca, como afirmar que el *encubierto* estaba vivo o decir que estaba resuelto a abandonar Valencia para marcharse a vivir a Cataluña. Entre quienes le prestaron oídos y, sin embargo, nunca acudieron a denunciar al panadero ante las autoridades se hallaban, entre otros, Damián Armengol y Ángela Vallés, el tundidor Juan López Mosquerola, los carpinteros Juan Ardévol y Antonio Gómez, los panaderos Juan Huguet y Miguel Aparici, el

90. *Ibidem*, ff. 235 v-236 v.

91. *Ibidem*, ff. 255 r-255 v.

92. *Ibidem*, ff. 279 v-281 r.

tejedor Juan de Lope, el tornero Domingo Cabello, el tejedor Andrés Gomis y el labrador de Ruzafa Pedro Cerdá. La única persona que conocía detalladamente los planes de nuestro panadero era el carpintero Antonio Soldevilla. Sólo él estaba en el secreto de los movimientos de Jerónimo Cerdá y sabía que pronto partiría hacia Teruel para recoger a Bernardino Acero y Amador Miralles. Un día indeterminado entre el viernes 29 de abril y el martes 3 de mayo de 1541, Jerónimo Cerdá acudió a la plaza del mercado de Valencia y adquirió un caballo. Mientras remataba la operación, acertó a pasar por allí el mercader Juan Agustín Bueso, hijo del maestro artesano que había enseñado el oficio de panadero a Cerdá. Se saludaron y, al curiosear Bueso sobre el caballo, Cerdá le contó que pensaba viajar a Flandes. Añadió que si disponía de 100 ducados para gastos podía acompañarlo. Bueso preguntó qué clase de mercancía se podía adquirir en Flandes con 100 ducados, pero Cerdá no quiso responder⁹³.

Si Cerdá pretendía incitar la curiosidad de Bueso, a fe que lo consiguió. El lunes 9 de mayo, Bueso visitó en su taller de la plaza *dels Caxers* a Soldevilla y le preguntó qué tipo de negocio quería emprender Cerdá en Flandes. El carpintero respondió a medias y dijo que aquel viaja nada tenía que ver ni con el dinero ni con el comercio. Bueso se marchó, pero regresó al taller al día siguiente. Apparently, los asuntos de Cerdá en Flandes habían dejado de interesarle. Se limitó a dejar en manos del carpintero una escopeta para que éste arreglase su culata. Cinco días después, el domingo 15 de mayo, Soldevilla se acercó hasta Ruzafa para tirar con la escopeta que Bueso le había confiado. Antes de entrar en la población, nuestro carpintero dejó el arma en casa de Onofre Doménech y, al saber que Bueso se hallaba en las proximidades, acudió a verlo. El mercader descansaba en el porche de la casa de Vicente de Roures. Estaba acompañado de la esposa y la nuera de éste y de la esposa de Vicente Safont. Soldevilla saludó y, transcurridos unos instantes, comenzó a encauzar la conversación hacia un asunto que le preocupaba, hacia una serie de indicios y profecías que había averiguado. Dijo saber que en un templo indeterminado, de un arco de San Martín se había visto escapar unos rayos. Añadió que sabía que, en aquellos días, los moros de la sierra andaban muy contentos talando árboles con que proceder a fabricar ballestas. Por último relató una conversación con un caballero valenciano al que dijo conocer bien. El caballero en cuestión había comunicado a Soldevilla su inquietud ante aquellos preparativos y también la resistencia de la nobleza valenciana a desarmar a los moriscos, puesto que, como los caballeros eran minoría en Valencia, arrebatar sus armas a los moriscos significaría tener que ampararse en el pueblo, algo a lo que la nobleza –por supuesto– no estaba dispuesta⁹⁴.

Al punto llegaron Vicente de Roures y su hijo. Fue entonces cuando Soldevilla añadió que, hacía dos décadas, había conocido un hombre que había profetizado que antes de que transcurrieran veinte años Valencia se hallaría en estado de gran necesidad a causa de los moriscos de la sierra. Aunque el carpintero estaba resuelto a proseguir su relato, Bueso decidió levantarse y marcharse, pues tenía intención de asistir a una partida de pelota. Soldevilla quiso acompañarle, pero en el camino le convenció de que no asistiese al partido y ambos se marcharon juntos a beber.

93. *Ibidem*, ff. 47 r-48 r.

94. *Ibidem*, f. 48 v.

Soldevilla aprovechó la intimidad de la conversación para confesar a Bueso que aquel hombre del que había hablado no era otro que un nieto del rey Fernando el Católico que, durante la Germanía, se había distinguido luchando contra los moros en Alzira y que, en aquellos tiempos, se hacía llamar *pobre compañero*⁹⁵. Pero lo más sorprendente del relato de Soldevilla fue su anuncio de que el *encubierto* estaba vivo en Flandes y que el viaje que estaba preparando Cerdá tenía como meta entrevistarse con él. Bueso no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Debido al pasado agermanado de su padre, probablemente ejecutado por orden de D^a Germana de Foix, y a la sospechosa residencia de su esposa en la isla de Ibiza, tal vez como consecuencia de una sentencia de destierro, Bueso comenzó a temer por su seguridad y la de los suyos. Al día siguiente, lunes 16 de mayo, acudió a denunciar el caso ante los tribunales de la Inquisición y de la Gobernación. Sus responsables, alertados por la gravedad de la denuncia, comunicaron los hechos a la Real Audiencia y al virrey, duque de Calabria. El martes 17 de mayo, D. Fernando de Aragón interrogó personalmente a Juan Agustín Bueso. A primera hora del día siguiente, miércoles 18 de mayo, el duque dió órdenes a sus alguaciles para prender a Jerónimo Cerdá, Antonio Soldevilla y Damián Armengol. El panadero y el carpintero fueron detenidos de inmediato, pero el tejedor pudo escapar, llevándose consigo cierta cantidad de dinero que custodiaba en su calidad de mayoral del gremio de tejedores de lana. Poco después era prendido en las proximidades de la Pobleja de Vallbona y trasladado a la cárcel de Segorbe, desde donde fue custodiado hasta Valencia⁹⁶.

Estando prisionero en una de las torres del palacio real de Valencia, Jerónimo Cerdá volvió a cometer una nueva imprudencia. Visitado en secreto por un amigo, Guillermo de la Sala, alabardero de la guardia del virrey, el panadero le rogó que dijese a su esposa que enviase un criado a Teruel para poner sobre aviso a Bernardino Acero. De la Sala, al salir de la celda, dudó un instante, pero finalmente decidió comunicar a los relatores del proceso el encargo que le había hecho su amigo⁹⁷. El resto de la historia ya la conocemos. El sábado 21 de mayo de 1541, tras cuatro días de intensos interrogatorios, Cerdá y Soldevilla fueron condenados a muerte. La sentencia se cumplió de inmediato, probablemente dentro del mismo recinto del palacio real, con el fin de no alertar a los posibles cómplices de aquella supuesta conspiración. Bernardino Acero, pues, nunca llegó a ser alertado por sus amigos. La orden para su captura llegó a Teruel de inmediato. Acero fue detenido por el lugarteniente de justicia de Teruel, Juan de Campos, y custodiado hasta Valencia⁹⁸. El lunes 20 de junio de 1541 compareció ante la Real Audiencia. Diez días después, el 30 de junio, corría la misma suerte que Cerdá y Soldevilla.

A MODO DE RECAPITULACIÓN PROVISIONAL

95. *Ibidem*, f. 49 r.

96. *Ibidem*, ff. 98 r-98 v.

97. *Ibidem*, f. 72 v.

98. *Ibidem*, f. 240 r.

La localización y pronta publicación del proceso penal contra Jerónimo Cerdá, Antonio Soldevilla, Bernardino Acero y Amador Miralles viene a llenar un vacío fundamental para el conocimiento de la historia valenciana y aragonesa durante el reinado de Carlos V. Sus páginas demuestran fehacientemente que el sentimiento anticarolino y antimudéjar, auspiciado por el espíritu profético y milenarista que había anidado en la Corona de Aragón durante el otoño de la edad media, seguía vivo en la cuarta década del siglo XVI. De alguna manera, este proceso constituye el último extremo conocido hasta hoy de la rebeldía social y de la oposición política que jalonó la etapa de gobierno de los virreyes Germana de Foix y Fernando de Aragón. Si el episodio del *encubierto* Alonso de Vitoria (1528-31) y los sucesos protagonizados por Acero, Cerdá y Soldevilla tuvieron alguna relación entre sí al margen de las circunstancias que hemos comentado, es algo que todavía resta por dilucidar. Con todo e independientemente de las motivaciones espurias que impulsaron a Bernardino Acero a planear su dramático embuste, este proceso penal constituye un documento de singular importancia para el conocimiento de la suerte que corrieron no sólo tantos *fadrins* de la Germanía clásica, como Cerdá y Soldevilla, empujados por sus amos y maestros al campo de batalla, sino también de algunos milicianos maduros, como Juan López Mosquerola. Tras la rendición de Xàtiva y Alzira, Mosquerola estuvo refugiado en la población turolense de Linares hasta averiguar que su vida no corría peligro. Regresó a Valencia, pagó una composición de 50 libras y recibió un privilegio acreditativo del perdón real del que nunca se desprendió⁹⁹. De la misma región turolense procedían Bernardino Acero y Amador Miralles, antiguos partisanos probablemente reclutados por el agermanado Juan Bernabeu. Hacia Teruel huyeron los tejedores Juan de Lope –que al parecer alcanzó su objetivo– y Damián Armengol cuando conocieron la noticia del apresamiento de Cerdá y Soldevilla. En Teruel había nacido la esposa de Armengol y en Teruel vivían sus cuñados y cuñadas. En Teruel residía la hija del pelaire Pedro Gómez de la Reina. Demasiadas coincidencias son éstas, al cabo y al fin, como para no comenzar a sospechar que dentro del eje comercial, textil, ganadero y humano que unía la región turolense con Valencia a través del valle del Palancia y de la ciudad de Sagunto no sólo se practicaron las artes de la mercadería y del

99. *Ibidem*, ff. 163 r-163 v.

pañó, sino también pudo mantenerse un intenso hilo de comunicación entre antiguos combatientes de la Germanía a uno y otro lado de la frontera.